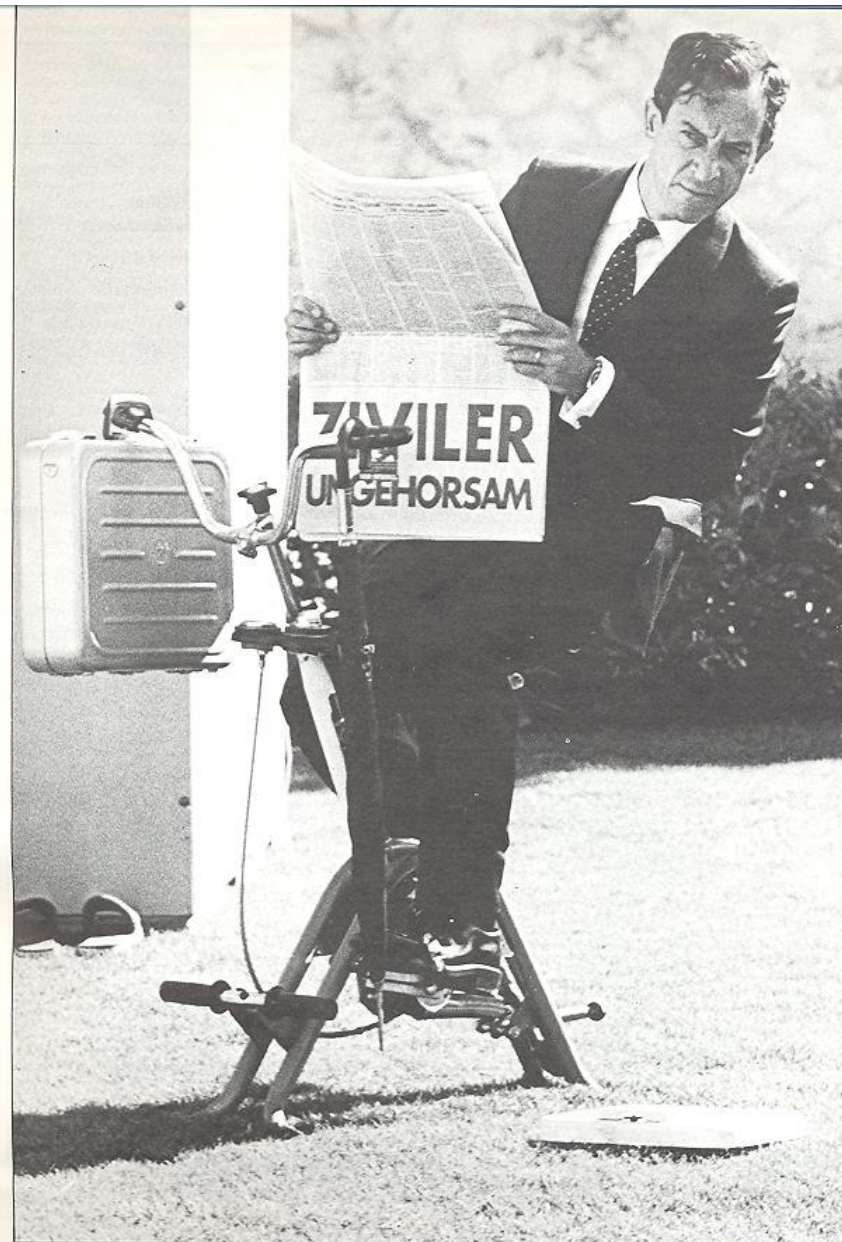




Para este enjaulado ejemplar los actos cotidianos han perdido su sentido y los repite concatenados en una secuencia sin fin. (Foto: Leopoldo Samsó)

te, el timbre del teléfono sonaba y el hombre urbano se llevaba el auricular a la oreja. No sabemos si, por este procedimiento, le eran comunicadas palabras de consuelo o de coraje; él sonreía con un deje de complicidad, como invocando una realidad etérea, y a la postre colgaba. El hombre urbano no hablaba. Ni aullaba. Era un ser silencioso, no por falta de lengua, sino por falta de cosas que decir.

Otro tipo de comunicación entre la isla sitgetana habitada por el hombre urbano y el mundo

exterior adquiría unos trazos más pasivos; el ejemplar podía hojear un diario de fecha incierta, o hacer girar la esfera de un globo terráqueo iluminado eléctricamente gracias a un interruptor. Entonces observaba con escepticismo el paso de los océanos y de los continentes, y frenaba el movimiento rotativo apoyando el dedo en una ciudad o en una península escogidas al azar sobre la superficie. Cansado del ejercicio se iba hasta el lavabo y se enjuagaba la boca con unas cuantas succiones de agua.

El hombre urbano sitgetano

poseía algunos referentes que sin duda le hacían sentirse ligado a un recorrido biográfico, interrumpido a raíz del cautiverio: una alianza en el dedo, una fotografía familiar puesta sobre la mesilla. El hombre urbano poseía un pasado, congelado por la falta de un presente. Es decir, el presente había dejado de serlo por que no se ofrecía como una continuación del pasado, y tampoco colaboraba a generar un futuro. La isla física del paseo marítimo era también una isla psíquica, y éste era el secreto de la poderosa atracción que ejercía sobre

cuantos nos aproximábamos a ella. Colocados ante un espejo era difícil averiguar si aquel ser encerrado era un náufrago de sí mismo o si, al contrario, éramos todos nosotros, quienes acudíamos a contemplarlo, los náufragos.

PEQUEÑA REFLEXION TECNICA

Podemos preguntarnos cuáles son las causas de que el Parque Antropológico provocara sobre los espectadores una fascinación tan compleja y desconcertante. El hombre urbano encerrado en la jaula de Sitges efectuaba los actos que cualquier otro ejemplar de su especie lleva a término durante un día normal: es decir, un día vivido según las normas. El hombre urbano, cuando está en libertad, ordena sus actos según una sucesión establecida por las convenciones sociales: se levanta, se lava, desayuna, trabaja, almuerza, trabaja, cena, recibe los auxilios de la televisión, duerme. Esta actividad seriada recibe el beneplácito de la sociedad y por eso nos inclinamos a calificarla de normal; practicada de manera colectiva, con todos los pequeños ritos cotidianos que de ella se desprenden, la serie sancionada permite que los mecanismos de convivencia funcionen al unísono: fabricación de croissants, horarios de oficina y de comercio, de restaurantes, de cines, de emisiones de televisión, según las distintas horas del día.

La coincidencia horaria de las actividades que el hombre urbano desarrolla no es una casualidad, sino una necesidad que nos imponemos a fin de alcanzar unos hitos. La sociedad contemporánea, como el hombre cristiano del que nos hablaba el catecismo, tiene unas postrimerías; es decir, un objetivo, una finalidad. Negar este axioma atenta contra el orden, contra todos los órdenes, es peligrosamente subversivo.

Pues bien, he aquí lo que hace el hombre urbano encerrado en su parque antropológico. Para él el orden seriado de las actividades cotidianas ha perdido el sentido. Puede pulsar el televisor, peinarse o pasear en pijama sin que ninguna de estas acciones condiciones la siguiente. Su existencia ha perdido la "finalidad". Y ello nos enfrenta con un hecho, como mínimo, inquietante: el de la cuestionable validez de nuestra "finalidad", la sospecha de que en lugar de ser un bien trascendente no sea más que una argucia pragmática.

En el Parque Antropológico lo admirable, aparte las sensaciones metafísicas que nos pueda provocar, es el rigor técnico. Sin este rigor el experimento andaría a pie llano. El Parque Antropológico de Sitges nos ha hecho sentir que entre el parque zoológico y nosotros sólo hay el grueso de un cabello; o la sombra de una nube que nos permite, un instante, descubrir el contraste de las cosas. Y, sin embargo, en el grueso de este cabello, o en la sombra de esta nube, cabe todo el proceso de la aventura humana. ■